

Cómo comentar un texto literario histórico

Título: Cómo comentar un texto literario histórico. **Target:** Bachilletato. **Asignatura:** Lengua Castellana y Literatura.

Autor: Miguel Orduña Marco, Licenciado en Filología Hispánica, Profesor de Lengua Castellana y Literatura.

Much era bien andant Eneas en Affrica con la reyna Dido: primeramiente que auie a ella por muger, que era muy fermosa e muy sesuda; demas que auie el sennorio de Carthago e de tod aquella tierra, e fazie todos quant le mandaua, e otrossi muy grandes riquezas ademas quel diera ella; y estas cosas la fazie seer uicioso e rico e
5 poderoso. E duro assi bien tres annos en esta bien andança. Mas uentura, que pocas uezes dexa a omne ficar en un estado, guiso por que lo perdiesse todo Eneas assi cuemo contaremos. En aquella cibdat de Carthago auie un grand templo que fiziera fazer la reyna Dido a onra d'Escolapio quando poblara la cibdat; e por que los omnes ouiesse mayor sabor, deuen ir fazer y oration, fiziera y pintar muchas estorias de los
10 grandes fechos que acaecieran por el mundo, e sennaladamiente la de Troya que fuera aun poca sazon auie; y estas debuxaduras eran tan bien figuradas e tan ricamiente que mejor nos podrien seer, y era cada una estoria fecha por si apartadamiente. |

INTRODUCCIÓN

No es el objeto de este trabajo hablar de la importante función para la cultura de Alfonso X el sabio, ni entrar en el debate de si creó él un estándar del español, ni analizaremos el estilo que encierra su prosa; nos centraremos en el análisis y posterior comentario lingüístico de un fragmento de la Primera Crónica General desde una perspectiva global ya que examinaremos diferentes puntos de cada plano de análisis.

Dicha obra fue comenzada cuando Alfonso subió al trono y fue concluida antes de su muerte. Esta obra comienza su relato con Moisés y continúa con la España preromana, terminando con Roma. Tiene una gran variedad de fuentes, entre las cuales no sólo cuenta las crónicas latinas y árabes, sino también historias latinas, leyendas eclesiásticas, la Biblia, literatura clásica y cantares de gestas castellanas. El fragmento que vamos a analizar corresponde a la historia de Dido y Eneas de la literatura latina que encontramos recogido en este capítulo de la Primera Crónica General.

2. COMENTARIO LINGÜÍSTICO

2.1. Plano fonético- fonológico¹

A lo largo del fragmento que analizaremos encontramos el fonema vocálico [i] representado de tanto con la grafía *i* como con *y*: *reyna* (línea 1) , *auie* (l. 1). Dentro de la vacilación propia de la época encontramos un mayor empleo de la *i* para usos vocálicos, usos de *y* para valores consonánticos (*Troya* l.10) y ningún empleo de *j*, *i* larga, para uso vocálico que tenía mayor empleo en los documentos cancillerescos que en los códices.

Las palabras que tenían F- inicial en latín se siguieron escribiendo casi siempre con *f*- hasta la época de los Reyes Católicos. En el s. XIII, está fue la grafía de la documentación cancilleresca castellana y de los códices regios. A lo largo de todo el texto encontramos abundantes ejemplos de palabras que conservan la F- inicial latina: *fazer* (>FACERE l. 9), *fechos* (>FACTUM l. 10), *fermosa* (>FORMOSUS. l. 2) A su vez encontramos una peculiaridad gráfica como es el desarrollo de *ff*- inicial que para Sanchez- Prieto Borja es rara en los códices alfonsíes ya que representa en torno al 25% de las soluciones; nos la encontramos en la línea 1 *Affrica*. Sobre su valor fonético no hay posturas reconciliadas pues para unos es un elemento diferenciador en la comunicación y para otros un refuerzo gráfico.

Propio de la época es también la fluctuación gráfica para la representación de nuevos sonidos como es el caso de la palatal nasal. Las tradiciones monásticas, concejiles e incluso catedralicias emplearon frecuentemente en el s. XIII *n* para la palatal nasal; se hace un uso sistemático de *nn* en escritos de la primera mitad del s. XIII, en diplomas de la cancillería de Fernando III y Alfonso X y en los códices alfonsíes. En los últimos se emplea *nn* mayoritariamente sin abreviar, y sólo en unos pocos casos *n* con lineta para la palatal: *sennorio* (l.2), *sennaladamiente* (l.10) de *senior* y *signum* latino respectivamente.

Poco frecuente en nombres comunes y alternando con los resultados castellanizados encontramos la grafía *th* que es sin duda representante de la *t* castellana. Nuestro fragmento registra ejemplos de *TH* en la línea 7 *Carthago* pero en nombres comunes encontramos *t*- simple. *Estorias* (l. 9). Tal vez estos casos son muestra de cultismos gráficos o tradición escrituraria.

En las tradiciones de escritura monásticas de Castilla en la primera mitad del s. XIII, y sobre todo en el primer tercio, era normal representar por *ie* el diptongo procedente de E breve tónica. En el texto vemos una regularidad gráfica tanto para el diptongo procedente de O breve latina como para la E breve. Regularidad que da incluso resultados que la lengua actual ha perdido pero que proceden de un uso normativo de la regla, nos referimos a *primeramiente* (l. 1) y *sennaladamiente* (l. 10) que muestran la fluctuación que tuvo este elemento composicional desde el mens- tis latino.

A caballo entre lo meramente gráfico y lo fonético se nos presenta la palabra ciudad; para Pedro Sanchez- Prieto Borja la grafía general debió ser *cibdad* en el s. XIII. Lo encontramos en la línea 7 y 8.

No hay conciliación de opiniones en cuanto al valor que hay que otorgarle a la grafía *b* o *v* en los textos medievales, y en la diferenciación o no que se puede deducir de ellos; no hay unicidad a la hora de defender la

¹ Para el análisis de este plano nos apoyaremos en el estudio que hace Pedro Sánchez- Prieto Borja en el artículo "La normalización del castellano escrito en el siglo XIII. Los caracteres de la lengua: grafías y fonemas" en *Historia de la Lengua Española* de Rafael Cano. pp. 423-445

oposición intervocálica entre /v/ y /b/, se defiende que hubo una diferencia entre sonidos que en consecuencia da un intento de aclimatación en la escritura. Las palabras que en latín se representaban con -B- se escribirán con -v- como en *oviessen*, *auie*, utilizando la *u* con el valor consonántico de *v*. EL sonido [b] se representa con *b* en los casos en los que en latín encontramos una -P- intervocálica quizás por un proceso de lenición céltica: en la línea 9 sabor del *sapor* latino.

Según opinión casi unánime, las grafías *s* y *ss* marcaron una oposición fonológica en contexto intervocálico, pero se equivalen en los demás contextos (valor sordo). En posición inicial el desarrollo de *ss-* es paralelo al de *ff-*, y su auge se asocia a la cursividad, por lo que en el s. XIV será muy frecuente (este uso alcanza más o menos el 10% frente a *s-* en la cancillería bajo Alfonso X). En cuanto al reparto -*ss-* /*-s-* en posición intervocálica, con valor sordo y sonoro, respectivamente, éste se extiende antes que la oposición *c*, *ç*/ *z*, y ya lo muestran en el s. XIII no pocas tradiciones de escritura monástica y en los códices alfonsíes (lo cual no quiere decir que menudeen casos de *s* por *ss*). En el texto encontramos bien expuesto lo hasta aquí dicho, *fermosa* (l. 2) de *formosus* y *sesuda* (l. 2) que proviene de *sensus* por un lado y *oviessen*² (l. 9) y *otrossi* (l. 3) por otro.

Pedro Sanchez- Prieto Borja defiende que en lo que respecta a las grafías de las sibilantes dentales, hay que distinguir entre el problema de la valoración del contraste fonético expresado por la correlación de sonoridad y la cuestión paleográfica y gráfica marcada por la coexistencia, para el mismo valor, de varios signos: *c*, *ç*, *sc* *şç*. Muchos son los problemas que estas sibilantes muestran pero no es el estudio de este trabajo analizarlas por lo que simplemente nos centraremos en el estudio individual que se presenta en el texto. Así encontramos *fiziera*, *riquezas*, *fazer*, *fazien* y *sazon* pero también *cibdat*. La oposición sonoridad y sordez solo tenía pertinencia en los contextos intervocálicos.

Puramente gráfico es la pervivencia de *qu-* para el sonido velar en vocablos procedentes de palabras latinas y que son muestra de una tradición de escritura. Son ejemplos *quant* (l. 3) y *quando* (l. 8). Palabras marcadas y bien reconocidos sus étimos latinos de las que son herederas directas estas soluciones y que posteriormente quedarán regularizadas cuadrando dentro de un paradigma no sin antes siglos de vacilaciones.

Muestra de la evolución de grupos como *Lyod* o *K'L*, *T'L*... será el fonema prepalatal fricativo sonoro que encontramos en *muger*. Su evolución será *mulierem* > *muliérem* > *mulyerem* > *mulliere* > *mugier* > *muger* > *mujer*. Sin embargo el texto no registra usos del fonema sordo.

Llama la atención, aunque mantenemos la sospecha de que se deba a un fenómeno de tradición de escritura o a cultismo léxico, *oration* (l. 9) sin evolucionar esa *yod* primera cuando ya se ha resuelto una *yod* más avanzada como es la *yod* cuarta de *fechos* (l. 10) o *much* (l. 1). Los grupos de *TY* evolucionaron antes en el tiempo hacia resultados *ç*, *z* (para Alarcos hay testimonios ya en el S. II) que el grupo *KT* hacia *ch* por lo que este

² La evolución de esta forma verbal plantea problemas. *Oviessen* viene del puscumperfecto de subjuntivo latino *HABUISSE*(M). Se llega a la *O-* inicial a través de un proceso de metátesis por el cual la *-u-* toma posición detrás de *a-* formando un diptongo (*au*, con *u* semi-vocálica) que debió monoptongar con rapidez en *o*. El fonema labial oclusivo /b/ evoluciona con normalidad fricativándose en posición intervocálica y se confunde hasta dar el fonema medieval labiodental /v/. Con el reajuste fonológico del siglo de oro la oposición entre estos fonemas desaparecerá y, al no ser pertinente el fonema labiodental, desaparecerá una vez terminado el proceso.

La oposición entre apicoalveolares (/s/, /z/), también característica de la época medieval, ya ha neutralizado: La grafía que debía aparecer en la forma que tratamos es *ss*, porque sería la representación de la apico-alveolar fricativa sorda. La representación gráfica a lo largo de todo el texto deja patente que la oposición medieval en cuanto a estos fonemas estaba totalmente neutralizada.

Por último, la aparición de la *-e-* suele explicarse por analogía con otras formas, aunque está documentada una forma *HABUIISE* con vocales /i/ larga y breve en latín, eso sí, de menor uso.

resultado pueda deberse, como hemos adelantado, a cultismo gráfico o por la tradición de escritura ya que además encontramos resultados evolucionados hacia el castellano fruto de esa misma yod primera como es *sazon* (l. 11) de *satio*- *onis* latino.

Lapesa³ explica el triunfo de la apócope por el prestigio de los francos en el ambiente señorial y eclesiástico que haría que los extranjerismos con final consonántico duro lo conservasen frecuentemente en español arcaico (*ardiment* ‘atrevimiento’) y lo que más tarde incrementaría en voces españolas la apócope de /-e/ final tras consonantes y grupos donde apenas se perdía antes y donde más tarde ha vuelto a ser de regla la vocal. Como propio de la época el texto refleja fielmente esta peculiaridad con ejemplos como *much* (l. 1), *andant* (l.1), *tod* (l.3). Afirma Lapesa que en los primeros decenios del siglo XIII, formas como *fuent*, *part*, *tod*, dominaban de tal modo en la lengua escrita, que a juzgar por el testimonio de los documentos notariales y de la literatura parecería que la contienda estaba decidida; sin embargo sabemos que esa /-e/ perdida a final de palabra se recuperará más tarde, apuesta R. Lapesa por una reacción social frente a la excesiva influencia social de los francos.

Relacionado con el proceso anterior y en ocasiones apoyándolo encontramos la fonética sintáctica que se manifiesta a lo largo de todo el texto dejando numerosos ejemplos: de *tod aquella* (l. 3), *d’ Escolapio* (l. 8). Fruto de la fonética sintáctica es también casos de amalgama del complemento indirecto como en *quel diera* (l. 4) forma propiciada por el apócope junto con la unión del proceso que supone la fonética sintáctica. El entendimiento de esta forma aglutinada se explica por el contexto general en que aparece, igual que ocurre en casos sintácticos de falta de nexos subordinantes, apócopies...

2.2 Plano Morfológico

La forma para representar el nexo copulativo no deja de mostrar peculiaridades y diferentes opiniones entre los estudiosos de la lengua; así, Torrens piensa que el uso de *i* como letra exenta para encarnar la conjunción copulativa o el adverbio locativo fue siempre escaso y constituye un claro signo de arcaísmo, dado que sólo los manuscritos más antiguos lo presentan. Pedro Sanchez- Prieto Borja afirma que en lo antiguo predominó el signo tironiano, que los editores transcriben sistemáticamente con *e* para la Edad Media, aun cuando bien podría esconder *y*. Además de estas peculiaridades, que hay que tener en cuenta a la hora de enfrentarnos a los nexos copulativos, hemos de señalar como este nexo copulativo es el único descendiente del latín desde el *et*, y que deja, como bien se aprecia en el texto, a lo largo del tiempo diferentes resultados que coexisten y viven en variantes durante un amplio periodo de tiempo. En nuestro estudio encontramos bien *e* (l. 4), bien *y* (l. 9) aunque es cierto que con mayor amplitud de aparición de *e* que de *y*; sin embargo aparece *e* cuando se trata de valor copulativo y cuando su valor es el de adverbio locativo con lo que la diferencia formal conlleva una diferencia funcional.

En consecuencia se resuelve la incoherencia aparente que se reflejaba en la línea 8 en la que aparecía unida un verbo y un sustantivo gracias al *y*, aparentemente copulativo. Con lo que el mismo *y* adverbial se refiere a un valor locativo tanto en *fazer y oration* como en *fiziera y pintar*, donde aparece un *ahí* que sitúa y enmarca la acción; esta forma desciende del *hic* latino y su evolución regular la hace coincidir formalmente con el *y* copulativo.

³ Rafael Lapesa, Historia de la lengua española, 4 “La normalización del castellano escrito en el siglo XIII. Los caracteres de la lengua: grafías y fonemas” en Historia de la Lengua Española de Rafael Cano. pp. 423-445

Propio de esta época y considerado por algunos estudiosos como influjo de estilo de Alfonso X del que nos hemos propuesto no hablar es la productividad a la hora de crear desinencias para la formación de palabras. De esta manera encontramos palabras derivadas como *sesuda* (l. 2) que se forma en el XIII⁴ a partir de *seso* con el sufijo -uda; y también *riquezas* (l. 4) que es propio del XII de rico y el sufijo -eza.

Los verbos *aver* y *tener* contendían como transitivos para expresar la posesión. Lapesa afirma que se prefería *aver* cuando el sentido tenía el matiz incoativo de ‘obtener’ y *tener* para el durativo de ‘estar en posesión de algo’; además *aver* se empleaba más con objeto directo abstracto mientras *tener* regía más frecuentemente nombre concretos. Sin embargo dentro de las fluctuaciones normales antes de toda regularización encontramos ejemplos que apoyan estas tesis y ejemplos que suponen todavía excepciones o parte de un camino hacia la regularización.

En el texto encontramos *primeramiente que avie a ella por muger* (l. 2) donde *aver* tiene un claro sentido de ‘tener’, ‘posesión’, con un objeto directo de persona y también *avie un grand templo* con valor de ‘existencia’ no de ‘posesión’ y ningún ejemplo de *tener*.

2.3. Plano sintáctico

Destaca la supresión de nexos, aunque no total, y la repetición acumulativa de alguno de ellos. Abunda en el texto *e* y *que* para las subordinadas. Como frecuentemente ocurre en el lenguaje oral, se encomendaba a la entonación lo que de otro modo obligaría a usar recursos gramaticales⁵. Además de este recurso se apoyan fundamentalmente en el contexto de la frase que propicia un único significado a pesar de la carencia de nexos.

Las conjunciones ofrecen abundantes ejemplos de plurivalencia ya que no sentían la necesidad de precisar por medio de conjunciones especiales los distintos matices de subordinación cuando se deducían fácilmente de la situación o del contexto. Además de este factor, ocurre, igual que en el español actual, que causales y consecutivas se solapan, y mientras que las condicionales ocultan un matiz concesivo las finales guardan relación estrecha con las causales. Es por esto por lo que tal vez en la línea 7 podamos interpretar ese *por que* con valor de ‘para que’, ya que nos encontramos ante una sintaxis que está sufriendo un proceso de formación y desarrollo y permite estos giros e interpretaciones sustentadas siempre por la situación.

Es en el plano temporal donde, quizás para marcar los puntos de partida de la acción o para indicar mejor la sucesión temporal que todo discurso conlleva, aparecen algunos adverbios temporales o locuciones temporales como *primeramiente* (l. 2), *otrossí* (l. 4), *demás que* (l. 2), *además* (l. 4). Adverbios y locuciones temporales sencillas y heredadas del latín que puntúan, ordenan e intentan dar cuerpo a una sintaxis que continúa su camino de formación.

Siguiendo esta línea de marcar la temporalidad por la importancia que el texto le concede debemos señalar la aparición de *quando* (l. 8) que supone una inflexión frente a los anteriores *que*. Este *quando* encabeza una subordinada temporal propiamente dicha con lo que dota a la sintaxis del texto de mayor profundidad.

⁴ Seso en Joan Corominas, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos 1973

⁵ Badia, *Els orígens de la frase catalana*, Anuari del Institut d’Estudis Catalans, 1952, y Adici

2.4. Plano léxico- semántico

Algunos estudiosos caracterizan la etapa alfonsí como una fuente importante en la incorporación de cultismo y semicultismo a nuestra lengua. A este respecto podía responder el vocablo *templo* (l. 7), cultismo introducido hacia 1220 directamente del *TEMPLUM* latino. Es diferente el caso de *omne*, que sin ser cultismos ni semicultismo, ya en la época resulta arcaizante y que responde quizás a un gusto por lo antiguo o por una tradición de escritura que condiciona todo el fragmento.

Los siglos que nos separan del texto hacen que sea necesaria la traducción directa de algunos vocablos para su perfecta comprensión. Así *sabor* esconde el significado en el siglo XIII de ‘placer, deleite’. Por lo que la oración que la contiene se nos rebela con el siguiente significado: ‘y para que los hombres tuviesen mayor deleite de venir a hacer ahí oración’ (l. 9).

El mismo ejercicio de traducción es el que hay que hacer en la línea 7 y 8 al encontrar dos verbos *fazer* seguidos (*fiziera fazer*). El entuerto se resuelve con Martín Alonso que anota *fazer* como ‘mandar u ordenar’ en el XIII por lo que interpretamos ‘un gran templo que mandara hacer la reina Dido’.

Estorias es vocablo utilizado del XIII al XV con el valor de ‘historia o narración’. Muy utilizado en la época caerá en desuso en favor del cultismo historia.

Acaescer mantiene su significado actual de ‘suceder’ mostrando la mitad del camino en su evolución desde el latín *accadiscere* hacia el castellano *acaecer*.

3. CONCLUSIONES

En este pequeño fragmento queda reflejada la tendencia a la gran diversidad de soluciones gráficas sin haber, en ocasiones, ninguna opción gráfica determinada. Por otro lado el concepto de ortografía no puede entenderse todavía en el sentido de una norma o conjunto de reglas de aplicación regional, y menos suprarregional, sino como un conjunto abigarrado de tradiciones de escritura o *scrpitae* que se entrecruzan, y que determina que éstas no sean uniformes.

Nos encontramos ante una sintaxis que aun no se encuentra desarrollada y de la que nos posicionamos como testigos de su formación y de las relaciones que sus elementos van adquiriendo. El texto refleja caminos que la lengua iniciará y otros que desechó.

El estudio del plano léxico- semántico pone de manifiesto la distancia temporal que existe entre la etapa alfonsí y nuestra época y la dificultad que entraña el desconocimiento de los significados de algunas palabras así como el desconocimiento de las relaciones que establece esta dentro del sistema. De esta manera podemos tomar conciencia de cómo unas palabras se cargan de significados y connotaciones mientras otras las pierden en el paso temporal. ●

Bibliografía

- ALONSO, M., *Diccionario medieval español*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1986.
- COROMINAS, J., *Diccionario Crítico Etimológico de la Lengua Castellana*, Madrid, Gredos, 1954-1957.
- LAPESA, R., *Historia de la Lengua española*, Madrid, Gredos, 1980.
- REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Gredos, 1964.
- HERRERO RUIZ DE LOIZAGA, F. J., *Sintaxis histórica de la oración compuesta en español*, Madrid, Gredos, 2005.